

# Riego de Moine, I.: Presencia de mujer. *Repensando la identidad y la vocación femeninas*

**Prólogo de Xosé Manuel  
Domínguez Prieto**

Ed. Mounier Argentina, Córdoba,  
2009, 204 págs.

Por Miguel Jarquín<sup>1</sup>

### “Presencia de mujer. Una revelación”

Un bochorno asfixiante arremetía sobre el aeropuerto de Guadalajara, mientras esperaba a mi amiga, quien venía en un vuelo, retrasado una vez más, de la Ciudad de México, y de ahí, desde Córdoba, Argentina. El sopor atravesó la medianoche y al fin empezaron a desfilas las personas que venían en ese vuelo. Salían como gotas de agua y de pronto a borbotones, pero mi amiga y sus acompañantes no llegaban. Mi inquietud empezó a crecer y preguntaba a los viajeros si venían de la Ciudad de México y en el vuelo que aguardaba. Cuando me lo afirmaban, me tranquilizaba, pero volteaba a buscar su rostro y no aparecía. Finalmente surgieron como tres gotas en un desierto sediento y me llenaron de alegría.

Apenas nos saludamos, Inés me presentó a su hija Carolina, quien realizó la portada del libro que hoy nos ocupa, y a su amiga María Cristina Roth, una batalladora incansable que ha logrado la publicación en conjunto de una obra interesante intitulada *Pensar-se humanos*. Para una hermenéutica del acontecimiento. Inés no pudo más, y rápidamente me

<sup>1</sup> Doctor en Psicología. Director del Centro de Estrategias para el Desarrollo de Guadalajara, México. Promotor del enfoque existencial-personalista.



enseñó su libro, recién publicado. Pan caliente que venía todavía con el olor del horno que lo coció. Me llamó la atención la portada: un color morado fuerte en la base que sostiene el entramado, luego, unos ojos añorantes que miran hacia el horizonte que se pierde tras la portada misma, y topan con las ramas secas de un otoño que las ha arrebatado sin delicadeza. En el extremo izquierdo, por encima, viene un negro profundo que anuncia el título: Presencia de mujer, con un subtítulo, que aunque baja la intensidad del color, no lo pierde la fuerza de las palabras: *Repensando la identidad y la vocación femeninas*. Y lo que más llama mi atención es lo femenino de la presentación, como de la obra misma. Dos mujeres la han hecho: Inés, la escritora, Carolina la diseñadora. Sin un profundo contenido no habría tal hermosura en esa primera página que es el despertar del rostro de la obra.

Los dos términos centrales del subtítulo son dos alcayatas en las que se sostiene el título: identidad y vocación aparecen como dos de las dimensiones de la persona: el interior y el exterior, el ser-sí-mismo y el ser-llamado-por-los-otros. La persona

sólo se descubre si otro la llama. Es decir: el “yo es un regalo de los demás”, ha escrito Carlos Díaz e ido más lejos al fundamentar toda una teoría al servicio de la razón cordial, de la que Inés Riego ha bebido en abundancia y el lector podrá constatarlo en la obra que recién ha editado.

¿Cómo llegar a esta presencia que tanto anhela el personalismo y que Emmanuel Mounier sigue siendo su inspirador? Hemos de iniciar el panorama, pues el recorrido es la obra misma en la que la Dra. Riego de Moine se ha aventurado a transitar, enunciando las tres acciones básicas que han de hacer las mujeres en este momento de la historia: 1) Habitar nuestro lugar, es la acción que anuncia la historia recorrida hacia un lugar y ese lugar es el de la dignidad. 2) Descubrir la identidad femenina, es un apartado que afirma el camino por el que ha transitado la mujer para constatar que efectivamente es el de la dignidad, pero que necesita reconocerlo por sí misma y saludarlo. 3) Vivir con vocación de mujer, es una sentencia que verifica la unidad indisoluble entre identidad y vocación: no hay interior si no existe un fuera que llame, pero tampoco hay un fuera que llame sin un interior que escuche. El grito del pobre sólo es posible hasta que hay un oído responsable dispuesto ha escucharlo. De lo contrario, esa llamada será un timbal que retumba sin sentido. Un grito en el desierto.

¡Qué historia tan tortuosa la que camina por este texto, y por otros que denuncian los abusos y abandonos que han sufrido las mujeres! Sin lugar a dudas, ¡qué oprobio! Al leer estas líneas y otras que siguen este despertar, me duele mi condición encarnada de hombre, varón que ha estado al acecho. ¿Cuántas veces los varones hemos ocultado ese dolor, hemos lastimado a esas mujeres, las hemos abandonado y descalificado? Al brotar las palabras por la blancura de la hoja, surgen otros despreciados: los niños, los viejos, los excepcionales, el indio... ¡Qué pasa! Hoy más que nunca, es necesario denunciar, sin perder de vista a la mujer, que el problema de nuestra cultura judeo-cristiana es que no soporta a los diferentes. La mente occidental homologa todo. No soporta lo que es más-que-ella-misma. No puede con la paradoja: ser-sí-mismo, no es más que ser-delante-del-otro, esto es: no-ser-uno-mismo. Por eso afirma Teilhard de Chardin: “amamos al que está delante de nosotros mismos”.

Este tema de la diferencia traspasa la obra y lleva a nuestra autora a plantear tres preguntas nota-

les: 1) ¿hay un lugar común para la mujer? 2) ¿Desde qué lugar suele darse su despertar? 3) ¿Están todas las mujeres del planeta igualmente preparadas para un digno despertar? Estas preguntas nos atrapan para no perdernos en las abstracciones, sino para buscar respuestas aquí y ahora, nada en el allá y entonces. Este despertar se refiere a la conciencia que la mujer toma ante su realidad y sobre todo, ante sus relaciones.

En el amanecer de la obra, Inés Riego postula: “...la niña despierta a la mujer que late en ella con la aparición de la primera menstruación en su cuerpo y con ella la posibilidad de ser fecundada y dar a luz un hijo...”. ¡Qué texto! Una maravilla, y también un más allá del dato. No sólo es un hecho biológico. Es como es la vida -intencional-, para el hombre que la vuelve acontecimiento: metáfora aleccionadora. La mujer sólo es presente en la medida en que el deseo la invade en ese más-allá-de-sí-misma que nace de la prodigalidad y no de la mendicidad. Todo presente es fecundación que transforma el pasado en nunca-más, a la luz de un futuro que al hacerse presente, se torna, también, nunca-más-añorado. La mujer, en tanto gozo y fecundación, es presencia sin límites. Pero es necesario que esto no lo digamos los hombres para no insistir en la his-story, sino que lo narren ellas, que lo descubran ellas para que se vuelva su her-story. Sólo así, esta mujer podrá dar la nueva batalla “guiada por el orden del amor”.

Este ordo amoris sólo puede seguirse si nos atenemos a una noción hermosa que Inés exclama: la alegría del primer tú. Si accedemos a que el primer yo sea el del varón, según la percepción de occidente, entonces la mujer es verdaderamente su primer tú y sólo así, se puede entender la siguiente exclamación bañada de gozo: “¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” Qué gozo y qué dolor. Ahora sí el hombre tiene un otro distinto y semejante a él, que puede obedecerlo, como mandato de alteridad, y puede exigirle en el mismo orden. Los ojos de esa mujer, no sólo son nostalgia, sino exigencia. Ella es quien puede decirle, después de todos sus logros y conquistas, con toda autoridad: “sólo eres un hombre”. Es ella quien podrá arrancar al hombre de su soberbia: él quiere crear la vida -mito de Frankenstein-, ella la porta en su vientre. Ah, pero no estaría encinta sin él. He aquí la clave de la fiesta: es el festejo del nosotros, en el que el protagonista ya no es ninguno de los dos, sino la relación.

## ◆ RECENSIONES

Esta obra es un testimonio del cuidado como gesto de amor. La quiso escribir en los corazones de los demás. Tal vez por eso hay más libros firmados por hombres que por mujeres, pero me parece que hay más corazones firmados por mujeres que por hombres. En fin, es tiempo de reconocer que al “dejarlas hacer” hemos descubierto que hoy no es un tiempo para las mujeres, tampoco lo es para los varones, sino para nosotros, los que decidimos tomarnos de la mano y aprender a caminar juntos y a construir juntos con una visión en la que el orden del amor fecunde la vida y llame a su hermana, la esperanza.

Cuánto gozo me ha dado este libro que invito a leer y releer y, sobre todo, a encontrar en él pistas que saquen a las mujeres de ese clima de violencia que ha envilecido su vida y que nos ayude a crear un espacio más humano en donde el poder, no sea el poder de servir-se, sino de servir, entendiendo que servir es “trabajar para un tiempo sin nosotros”, en la fórmula extraordinaria de Levinas. Es el tiempo de que en los caminos se dejen sentir las huellas de los caminantes tomados de la mano en una solidaridad que no sea presunción, sino donación. ¡Lean! Lean este libro que será agua fresca para sus corazones y dejen que ahí se revele el rostro de las mujeres que siguen en pie, al cuidado de la persona.